

abierta al Este, dirigida hacia el tercer mundo, independiente y pacífica, podrá preservar la paz interior y contribuir a la paz internacional», dice Gaston Defferre. Y Mitterrand propone un programa más concreto: «Hay dos hipótesis para nosotros, los socialistas. La primera sería aislarse organizando la lucha en el interior de un país (Francia) donde presuponemos que seríamos capaces de construir el socialismo. La segunda es la de marchar con audacia, la de creer: ¿quién mejor que nosotros está preparado para trabajar en Europa Occidental e intentar por nuestros medios llegar a nuestros objetivos? Hay que construir Europa, hay que construir el socialismo». «¿A quiénes vamos a hablar mañana? ¿Son libres de escucharnos los países europeos? Volvamos a encontrar el lenguaje que conviene, y observemos los hechos tales como son (...). De este congreso (el socialista) debe salir la gran oportunidad socialista de Europa, porque creo a fondo en las oportunidades de un socialismo que expresara una gran parte del pensamiento socialista francés y que no dividirá los países socialistas en lucha».

Hay también quien piensa que a lo que se va velozmente no

es a un socialismo marxista o popular, sino un socialismo de Estado, a un antiliberalismo. Un socialismo de Estado, ¿puede ser un nacional-socialismo? ¿Puede serlo, aunque se refiera a una entidad supranacional, como es Europa?

La realidad es que en estos momentos la política y los políticos van por detrás de los acontecimientos. Están tratando de trabajar sobre los síntomas, de parar lo más grave de las circunstancias en el momento en que se van produciendo. Lo intentan a veces por medios absurdos. Lo cual puede conducir a situaciones absurdas. Ninguna está excluida. La más visible a un plazo medio es la de una acción determinada contra el tercer mundo que permitiese durante un tiempo dar a Occidente (incluyendo la URSS) un cierto restablecimiento de las condiciones económicas anteriores a la crisis de octubre-noviembre, lo cual requeriría también una serie de medidas, visibles o invisibles, contra las oposiciones de izquierda. La reacción del tercer mundo y de las oposiciones a esas medidas es mucho menos previsible de lo que creen los actuales dirigentes políticos de Europa. En el poder o en la oposición. ■ J. A.

## MAURICE DUVERGER

resultará más difícilmente soportable su suerte si no tienen la esperanza —o la ilusión— de poder mejorarla progresivamente. El atractivo del crecimiento ayudaba a soportar las injusticias sociales. El hoy se volverá más triste y más gris si no confiamos en que el mañana será más alegre y luminoso. La idea de un nivel de vida en constante elevación forma parte integrante del capitalismo contemporáneo. El freno o el paro total de la expansión ponen en peligro las bases mismas de las sociedades occidentales. ¿No se ha convertido el crecimiento de la producción en su objetivo esencial, su justificación suprema, el fundamento mismo de su sistema de valores? ¿Qué fin les asignarán a los hombres cuando ya no puedan tentarlos con los porcentajes relativos al crecimiento del producto nacional bruto?

Estas perspectivas afectan igualmente al socialismo. Es lícito pensar que el socialismo será más necesario que nunca para repartir equitativamente los sacrificios y organizar racionalmente una producción sin despilfarro. Pero la izquierda francesa no puede referirse ya seriamente al programa común, cuya realización supone un crecimiento acelerado. Hay quien duda-

ba de que ese crecimiento pudiese llevarse a cabo mediante la liberación de nuevas fuerzas productivas, consecuente al establecimiento de nuevas relaciones sociales. De todas formas, semejante proceso ha dejado de ser factible: debido a la escasez energética y de materias primas, no podrían explotarse las nuevas fuerzas productivas.

No podrán introducirse sin riesgos cambios tan profundos en el comportamiento y la mentalidad de los hombres. Para evitar las posibles catástrofes será preciso que políticos y partidos den muestras de imaginación, de audacia, de valor. Harán falta Roosevelt para evitar que surjan nuevos Hitlers. Hay que lamentar a este respecto el que nuestros gobernantes se parezcan más que a nadie al Hoover que estaba a la cabeza de los Estados Unidos en 1929. Nuestros gobernantes se niegan a entender tanto la magnitud de la crisis como su carácter irreversible. Se aferran a unos cuantos detalles tranquilizadores —nuestras buenas relaciones con los países árabes, por ejemplo— sin tener en cuenta la situación global. Parecen desatender la perspectiva de un crecimiento cero. Pero llevan a cabo una política cero. ■ © Le Monde-Publicaciones Controladas.

# Los Contem pora neos

## IDEAS RECIBIDAS

Era la época de "los tontos vestidos de franela y los idiotas enfangados en el golf": Kiplin no fue piadoso para con sus compatriotas. La Reina Victoria, diminuta y rígida, pasaba en carroza descubierta hacia las fiestas de su Jubileo de

Diamante: la rendían honores tropas traídas de los continentes, con uniformes espectaculares. La sociedad era hermética. Si alguno de los nuevos ricos que habían especulado con lejanas minas de oro pasaba la botella de oporto hacia la derecha en lugar de hacia la izquierda, sus invitados podían muy bien levantarse uno tras otro de la mesa y, con heladas disculpas, salir de aquella casa para no volver más: "manners before morals". Sonrosados, rubios, con los ojos azules, los caballeros bostezaban en sus clubs del Mall antes de ir al Alhambra a ver "La hija del tambor mayor" —el último éxito de Offenbach—, o "The world", en el Drury Lane, con el incendio de un barco, lucha en un manicomio, un asesinato con cloroformo y algunas cosas más.

Era, en fin, la época del joven Winston. ¡Winston Churchill! Véanlo ustedes esta semana en el cine: sólo cuesta ochenta y tres pesetas. Verán azotar su asalmonado trasero en una "public school" y le verán quejarse de la falta de presencia en el hogar —el castillo— de su padre, el Muy Honorable. Su padre no podía atender a su hijo porque se había empeñado en luchar en los Comunes contra los gastos militares excesivos: no se enteraba bien de que el Imperio costaba dinero. Todo se explicará luego: es que tenía un tumor en el cerebro. Verán cómo el joven Winston pronuncia, luego, su "maiden speech" en los Comunes y vuelve a tomar la herencia del tema de su padre: recortar los presupuestos de guerra de Joseph Chamberlain. Pero el joven Winston no tenía tumor en el cerebro y, por lo tanto, todo era un valor entendido: seguía la tradición. El oporto hacia la izquierda, please. Más tarde sería Primer Lord del Almirantazgo, más tarde sería Winston Churchill: el hombre que gastó más dinero en armas y municiones para su país. Pero esto no lo ve-

rán en su cine favorito. Tampoco verán su primera aventura: la que le hizo luchar contra los españoles al lado de los norteamericanos en la guerra de Cuba. Una piadosa leyenda posterior le ha situado junto a los insurrectos que pedían la independencia. Pero, no, no: estaba con el ejército expedicionario de los Estados Unidos. No se preocupen, no le van a ver ustedes: sólo le verán matando indios en la India en un caballo blanco, defendiendo un tren —atacado por los boers— en Sudafrica. Pero no verán nunca la sangre. Es, quizá, "shocking".

Y, sin embargo, la sangre es historia. Pero, ¿quién ha dicho que "el joven Winston" sea historia? Sus productores, sus anunciantes. Hemos, en fin, de creerlo. Después de todo, la vida es una falsificación; la vida es una imitación de la vida. En otro cine verán ustedes "Fake", de Orson Welles: o de cómo los falsificadores de la vida no hacen más que falsificar lo ya falsificado y, puesto que los grandes creadores son falsificadores en sí, los falsificadores son grandes creadores. Falsifíqueme usted al joven Winston, que yo me encargaré de falsificarme a mí mismo. Y al mundo en torno.

Se publica ahora el "diccionario de tópicos" de Flaubert (junto con sus "Tres cuentos", en Seix y Barral: una cuidada traducción de Consuelo Bergés). Las "ideas reçues", ¿de dónde las recibimos? ¿Hay una fuente secreta? ¿Aceptaremos para siempre que Winston Churchill —por ejemplo— fue un caballero defensor de la libertad, de la justicia, de la paz, le elevaremos un monumento en los corazones? ¿Veremos siempre a Lady Carolina Lamb y a Lord Byron, y a su tiempo, como nos los enseña otra pantalla vecina?

Parece, en fin, que sí. Ya no hay fuerza humana capaz de luchar con las "ideas recibidas" y transmitidas, con un par de siglos de alegre intoxicación. Dejémoslas llevar por la simpatía, la ambición graciosa, el valor y la lealtad filial del joven Winston. Hasta que algún cineasta español nos ofrezca "El joven don Práxedes Mateo Sagasta", por ejemplo. ■

POZUELO